

GEORGES SIMENON

EL CÍRCULO
DE LOS MAHÉ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE NÚRIA PETIT

BARCELONA 2014




A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Le cercle des Mahé*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

LE CERCLE DES MAHÉ © 1946 by Georges Simenon
Limited, todos los derechos reservados
«El círculo de los Mahé» © 2014 by Georges Simenon
Limited, todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2014 by Núria Petit Fontserè
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (c. 1956)

ISBN: 978-84-16011-18-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 12 528-2014

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

EL DOCTOR Y LAS CORVINAS NEGRAS

Fruncía el ceño, tal vez, como un escolar, hasta sacaba un poco la lengua. Adelantando los labios y con mirada socarrona, espiaba a Gène y procuraba copiar sus gestos lo más exactamente que podía.

Pero no había forma: algo fallaba, porque el resultado no era el mismo. El doctor era lo bastante honesto como para darse cuenta, y lo bastante terco como para reprimir la impaciencia. Su mano colgaba fuera de la barca, como la de Gène, ni más ni menos, sin rigidez. Solo con el índice ligeramente levantado aguantaba el sedal de cáñamo que la gente de aquí llamaba *volantín*.

La calidad del sedal no era el problema. El de Gène y el suyo eran idénticos. Un rato antes Gène, que sin mirarlo adivinaba todos sus pensamientos, le había propuesto:

—Venga aquí... Tome mi sitio y mi volantín... Tal vez así tenga más suerte...

El mar, sin una ondulación, sin un rizo, respiraba lenta pero profundamente. Y ese movimiento insensible incomodaba al doctor más que el fortísimo ímpetu del oleaje. A cada palpitación de la superficie líquida, sentía desprenderse del fondo el plomo del sedal. Entonces se inclinaba. Y como a diez metros de profundidad, tal vez más, veía un paisaje al que no lograba acostumbrarse, unas rocas separando unas oquedades violáceas, una meseta cubierta de algas, veía sobre todo peces, unos peces bastante grandes plateados o rojizos deambulando en silencio, apaciblemente, y deteniéndose a veces un instante delante de la carnada.

A su pesar, la mano le temblaba, un ligero vaho le cubría el labio superior y estaba a punto de tirar del sedal. ¿Por qué daba media vuelta el pez?

El doctor levantaba la cabeza y suspiraba. Le resultaba imposible permanecer mucho tiempo mirando el fondo del agua. Todo le daba vueltas. Le dolía el fondo de las órbitas, le dolía la cabeza. Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla. Cada vez que levantaba los ojos hacia el peñasco de las islas Medas le daba la impresión de que la barquita de dos puntas se acercaba a él. Ni siquiera tenían ancla. Gène se había limitado a soltar una piedra grande al fondo del agua. ¿Acaso se preocupaba del peñasco? Allí se veía claramente el mar levantarse y luego dejar al descubierto una franja ancha de musgo viscoso y moluscos. No había ningún estruendo de olas, pero el agua se cubría de espuma blanca y algunas burbujas enormes estallaban contra el casco de la barca.

Gène, sentado en una de las bancadas, con la cabeza cubierta por una vieja gorra, permanecía tan inmóvil como un bonzo chino, la mirada como indiferente vagando muy lejos en el deslumbramiento del horizonte.

El doctor sólo veía en el horizonte un flamear que le irritaba la retina, en tanto que Gène lo veía todo y anunciaba con una voz sin acento:

—El *Cormoran* que vuelve de la Tour-Fondue... Joseph que va a echar las redes debajo del Faro...—Al mismo tiempo, sacaba su sedal, sin prisas, como para asegurarse de que los anzuelos no se hubiesen quedado sin carnada, pero siempre había un pez en la punta—. Una corvina negra...—la metía en el morral forrado con algas frescas, partía un pequeño cangrejo ermitaño que él llamaba *piade* y lo pinchaba en el anzuelo.

Emocionado, el doctor también tiraba del sedal. El sedal se estremecía, vivo. Cada vez tenía la impresión de que

la presa era grande, de que se producía un milagro, de que el mismo pescador se asombraría. Y siempre sacaba uno de esos peces asquerosos cubiertos de espinas, no escorperas, sino diablos, como decía Gène, que había que desenganchar con la mano envuelta en una toalla y devolver al agua.

¿Por qué sólo cogía diablos o, en el mejor de los casos, unos serranos minúsculos? Pescaban en el mismo sitio, a menos de un metro de distancia. Se veían claramente, en el fondo del agua, los puntitos rosas de los ermitaños que se paseaban por el fondo, y dos veces los sedales se habían enredado. También se veían los peces. El doctor estaba seguro de que hacía los mismos gestos que Gène. No era ningún novato. En Saint-Hilaire, era el único capaz de pescar al lance ligero en la Sèvre, lo cual es mucho más delicado que pescar en el mar.

Empezaba a cogerle manía a ese peñasco gris que emergía tan cerca de ellos y que, sabe Dios por qué, seguía dándole miedo. Le cogía manía al mar, a ese mar idealmente tranquilo y azul, por el cual tanta ilusión le había hecho navegar a bordo de una barquita blanca con una raya azul.

Su mujer no se había atrevido a burlarse de él, cuando volvió de la Cooperativa tocado con un sombrero de paja en forma de casco colonial, como los que lucía la gente de la región. Solamente había dicho, con el acento de su terruño:

—¿Te has comprado un sombrero?

No tenía más que levantar la cabeza para verla, a unos trescientos metros tal vez, aunque con toda esa agua era difícil calcular las distancias. Al fondo de una bahía se arqueaba, sombreada por los pinos, una de la muchas playas de la isla, la playa de Notre-Dame. La mancha blanca, en la arena, era su mujer, que no se movía, estaba cosiendo o haciendo punto. La mancha negra, a su lado, era Mariette, la joven sirvienta que habían llevado con ellos de

Saint-Hilaire. El hombrecito minúsculo que no paraba de saltar y correr por la arena era su hijo Michel, y la chiquilla a la que mandaban salir del agua cada vez que se metía hasta las pantorrillas era su hija.

El doctor los veía, y ellos a su vez debían de verlo, en uno de los extremos de la barca de Gène. Hacía calor. La piel expuesta al sol escocía, y a la mañana siguiente estaba escarlata. Lo había experimentado el día anterior. Se había paseado con las mangas de la camisa remangadas. Ahora, hasta los codos, parecía una carne sanguinolenta cubierta por una piel pálida y malsana.

La cabeza le daba vueltas. Se arrepentía de haber contratado a Gène para una tarde de pesca. Le hubiera gustado volver, pero no se atrevía a proponerlo.

Sobre todo la vista del fondo... Aquel paisaje tan nítido, tan extraño, tan inhumano que le daba la impresión de descubrir otro planeta... También el olor, el olor del agua, el de sus manos que habían tocado peces y ermitaños, el olor del monte bajo recalentado que les traía la brisa...

Se agarraba a la esperanza pueril de sacar una hermosa pieza y deslumbrar a Gène; seguía frunciendo la frente; se inclinaba sobre el mar hasta sentir vértigo.

Sólo hacía cuatro días que habían llegado a Porquerolles y ya estaba cansado de la isla. Era auténtico cansancio. El sol lo abrumaba. Todo requería un esfuerzo, un esfuerzo de adaptación y un esfuerzo de comprensión. La isla era hermosa, como le había dicho su amigo Gardanne, el pintor de la Sèvre nantesa. ¿Sería él quien no estaba en su sitio?

—¡Enganche!—dijo Gène.

Él tiró precipitadamente del sedal. Algo se movió en la punta, pero no había jalado dos metros de hilo cuando el pez se desenganchó.

Lo que dominaba era su dolor de cabeza. Fumaba y ha-

cía mal en fumar, porque le daba sed, y el vino de la isla que habían traído, se había puesto tibio en la barca y le provocaba náuseas.

De vez en cuando se acercaba un zumbido. Era una barca que pasaba, una barca como la de ellos, un poco mayor o más chica. Casi siempre había uno o varios forasteros a bordo. El lugareño permanecía inmóvil al timón. Al pasar, levantaba un brazo a modo de saludo y Gène levantaba el suyo.

—¡Es Ferdinand!—enunciaba simplemente, como si esa palabra bastara, como si Ferdinand fuese una celebridad mundial.

Una de las barcas trepidantes fue derecha hacia ellos. Venía del puerto y no del mar. Cuando estuvo a pocos metros, el motor se paró, la barca avanzó a motor parado y chocó ligeramente con la de Gène.

—¿Es usted el doctor? ¿Le importaría venir conmigo? Hay una mujer que se está muriendo. —Dirigiéndose a Gène, el recién llegado añadió, lacónico—: La mujer de Frans...—Luego explicó—: En la isla tenemos un médico, pero justamente está en Fréjus para una boda y no volverá hasta la semana que viene.

—Suba a su barca—le aconsejó Gène—. Es más rápida que la mía.

El doctor era pesado. Sus noventa kilos hicieron inclinarse peligrosamente la barca y casi cayó en la embarcación contigua, donde se encontró sentado en una bancada.

—¿Vuelves, Gène?

—Lo que tarde en recoger los sedales.

—¿Corvinas?

—Unas cuantas...

El motor tosía, luego zumbaba, la barca describía un semicírculo y ahora el doctor veía la playa de Notre-Dame, con su mujer y sus hijos, a su izquierda. Les hizo una señal

al pasar. Había insistido para llevarlos en la barca de Gène y para traerlos luego, pero Hélène no había querido saber nada. Al llegar en coche a la punta de Giens, cuando Hélène había visto el mar y el *Cormoran* esperándolos, se había puesto pálida, tuvo que luchar consigo misma para subir a bordo y desde aquel momento veía el final de las vacaciones, que exigiría una nueva travesía, como una pesadilla.

Había que rodear unos peñascos, un viejo fuerte requeimado por el sol y abandonado a las lagartijas. Habían ido hasta allí la víspera, a pie. El suelo estaba cubierto por una extraña vegetación grasa, con bayas rojas que crepitan bajo los pies. El fuerte abandonado ya no tenía puertas ni ventanas. Los muros parecían hechos de un polvo blanco que el sol, a lo largo de siglos, había petrificado.

También allí, el doctor se había sentido mal. Pensó en la Edad Media y en las cruzadas. Se sobresaltaba cada vez que una lagartija o una culebra salían de su inmovilidad, aunque le habían dicho que en la isla no había víboras.

—¿Qué tiene?

—Se muere del pecho... No es de hoy... Hace años que está cansada, pero esta vez parece que es el final...

Aquí y allá, en una playa o en uno de los senderos de la isla, grupos inmóviles o caminando, gente como ellos, forasteros que salían de exploración, vestidos de blanco, con sombreros de paja. La escollera. El puerto, donde una decena de yates estaban anclados y donde, debajo de un mástil de carga, un hombre pintaba un barco de color azul vivo.

—No está lejos, es detrás de la iglesia... Yo le acompañaré... ¿Me amarras la barca, Polyte?

La dejaron allí, a la deriva, en la dársena. El aire era denso y pesado. La tierra, los árboles y las paredes humeaban, como emitiendo olas de calor. En vez de atravesar la gran plaza desnuda y amarilla, donde había unos grupos jagan-

do a la petanca, había que girar a la izquierda, subir un repecho y pasar junto a un montón de basura. El doctor se dejaba llevar y seguía notando en la cabeza el movimiento del mar, todo su cuerpo continuaba viviendo a un ritmo demasiado manso y poderoso, que no era el suyo, hasta el punto de que por un momento estuvo tentado de tomarse el pulso para comprobar que era normal.

—Venga por aquí...

Había que cruzar una carretera en un lugar donde resultaba del todo inesperado que la hubiese. Estaban muy cerca del pueblo, un poco más arriba, a la altura de los tejados, y desde allí, bajo los árboles, más allá de un terreno baldío, había una hilera de edificios bajos, un antiguo cuartel o más bien un antiguo arsenal del Cuerpo de Ingenieros. Dos mujeres, de pie a pleno sol, los miraban acercarse. En el suelo, cerca de ellas, dos niños sucios, con el trasero al aire.

Luego una puerta que se abría a un ambiente azul oscuro, del mismo azul casi que el fondo del mar.

Las dos mujeres lo seguían con la vista sin decir nada. Estuvo a punto de tropezar con las largas hojas armadas de pinchos de las tuneras y los cactus que crecían allí sabe Dios por qué.

—Entre, doctor...

Al principio no vio nada. Luego distinguió a una mujer, que venía hacia ellos desde el fondo de la penumbra. La mujer dijo:

—Me parece que se acaba de morir...

La mirada del doctor quedó prendida en una mancha roja: era una niña con un vestido de un rojo vivísimo como una bandera, con las piernas delgadas y desnudas, que estaba acurrucada, en un rincón, contra la pared, y los miraba fijamente.

Por último, en el suelo, sobre un jergón, vio, o más bien

adivinó, a la mujer por la cual lo habían llamado, una forma inmóvil debajo de una manta, un rostro de una delgadez que asustaba, los ojos abiertos y fijos.

Había muerto hacía un instante. El cuerpo aún estaba tibio. Notó un olor a caldo y descubrió un bol que una de las mujeres, sin duda, había dejado allí y que estaba intacto.

—¿Está muerta, verdad?

Los ojos de la chiquilla de rojo seguían fijos en él a través de la oscuridad, y él no se decidía a contestar a la mujer, que proseguía:

—Hace más de una hora estaba temblando toda, tanto que tuve que sujetarla... Sudaba... Un sudor que olía mal... Aún tengo el olor en las manos...

La pequeña no se movía. Acurrucada como estaba, era imposible saber la edad.

—Quería hablar... Hacía esfuerzos, pero no podía... Al final, he visto caer dos lagrimones de sus ojos y he pensado que era el momento... Ha sacudido las piernas y los brazos, como un conejo cuando le acaban de dar un golpe en la nuca... Ha sido justo cuando usted llegaba al puerto en la barca de Bastou... Pero de haber estado aquí seguramente no habría podido hacer nada, ¿verdad?

¡Nada, no! El doctor miraba a su alrededor. El hombre que lo había llevado estaba fuera, hablando con las dos mujeres. Se les veía engastados en un rectángulo deslumbrante. Otro personaje subía lentamente el repecho, entre las tuneras y los cactus. Llevaba en la cabeza un sombrero de ala ancha de jardinero y el azul de su mandil era más suntuoso que el azul del cielo.

—¡Mire! Ahí viene el alcalde, al que he mandado llamar...

No estaban en una verdadera habitación. Aquello no se parecía a nada. Había cuatro paredes, cuatro paredes que antiguamente habían estado encaladas. No se veía ventana

alguna, sino sólo la puerta abierta. Al lado del jergón de la muerta, había otros cubiertos con harapos, vestidos viejos a modo de mantas.

Quizá fuera cierto que aún se notaba el olor del sudor, pero mezclado con otros olores ásperos y sordos a la vez, pipí de niño y leche agria, olor a ajo, a pescado, y también con ese olor que llegaba de los bosques de pinos y madroños y que era como el olor de la isla.

—Acaba de morir... Hay un doctor con ella...

Las dos mujeres de afuera informaban al alcalde, que crecía en primer plano dentro del marco de la puerta, acostumbraba sus ojos a la media luz, vacilaba, daba un paso y por último se quitaba maquinalmente el sombrero de paja. Pero, para restarle importancia a ese gesto, se rascaba un momento la cabeza cubierta de cabellos negros cortados a cepillo.

—¿Frans no está en la isla?—preguntó.

Era el tendero de la plaza, el doctor lo reconoció, porque aquella mañana había ido a la tienda a comprar caramelos para su hija.

—¿De veras está muerta?

Por toda respuesta, el doctor cerró los ojos del cadáver, lanzando una mirada turbada hacia la mancha roja que no se había movido.

—Es una contrariedad—suspiró el tendero y alcalde rascándose de nuevo el cráneo. Y, dirigiéndose a las mujeres—: ¿Desde cuándo está fuera?

—Anteayer...

—O sea que igual puede tardar tres o cuatro días en volver... Ven aquí, pequeña... ¿Cuándo se marchó tu padre?

La niña repitió:

—Anteayer...—Pero no se movió y siguió acurrucada contra la pared.

—¿No sabes cuánto dinero tenía?